

## **LA FUNCIÓN DE LA MUJER EN LA FAMILIA. PRINCIPALES ENFOQUES TEÓRICOS**

**Esther Casares García**  
**Universidad Pública de Navarra**

### **El feminismo de Betty Friedan**

Las desigualdades que se producen entre hombres y mujeres constituyen una fuente importante de fragmentación social, ya que en su conjunto implican a dos colectivos que por separado suponen nada menos que aproximadamente el cincuenta por ciento de la población. Los avances producidos en las relaciones de género sobre todo la incorporación de la mujer al mundo del trabajo han marcado las postrimerías del siglo XX. Una incorporación cuyos efectos se han dejado sentir en amplios territorios de la sociedad, pero con especial énfasis en la familia y en su función natural de reproducción de la población. Por ello, este fenómeno ha sido señalado por muchos estudiosos como el principal acontecimiento social ocurrido desde la Segunda Guerra Mundial hasta nuestros días. Y aunque todavía existe patriarcado y discriminación en el trato a la mujer en el trabajo remunerado, esta tendencia se puede considerar como un avance imparable en el que no se contempla el más mínimo ligero atisbo de que se pueda producir una situación de retroceso. Es importante, pues, al hablar de la relación entre familia y actividad económica hacer un aparte sobre la actividad económica de la mujer, ya que se da por sentado que trabajando el marido, cualquier modificación en la vida familiar procederá fundamentalmente del trabajo externo de la esposa. Los cambios sociales alteran el papel de la mujer en la función que ha venido realizando y con ello elementos importantes sobre los que se basa la familia.

Después del marxismo, y en muchas ocasiones íntimamente asociado a él, se han ido desarrollado algunos enfoques basados en el papel subsidiario que desempeña la mujer en las decisiones importantes que se adoptan en la familia, lo que ha conllevado el ataque generalizado, desde el ángulo feminista, sobre los efectos negativos a corto, medio y largo plazo que supone para la mujer una vinculación que no le conviene. Sin embargo, a diferencia de los demás enfoques el feminismo no es un corpus teórico homogéneo y monolítico, sino más bien una amalgama de teorías desde liberales hasta marxistas vinculadas por el hecho común de defender los derechos de la mujer. Y casi por el hecho común de enfocar a la familia como la principal institución e ideología de la subordinación de la mujer al hombre. Como tal surgió a principios de siglo XX sobre la idea de reclamar los mismos derechos legales, políticos y sociales que tenía el hombre, lo cual derivó en un primer momento en el sufragismo, es decir, el derecho de la mujer al voto. Fue entonces, principalmente en Estados Unidos, que se crearon diversas asociaciones entre las que habría que destacar el National Woman Suffrage Association, el Equal Rights Association, y ya en la década de los sesenta el National Organization for Women (NOW), el National Women's Political Caucus (NWPC), y el Women's Equity Action League (WEAL), así como diversas publicaciones bien en formato de revista o bien como libros. La marcha de la mujer por defender sus derechos de equiparación con el hombre reclamando una sociedad más justa ha permanecido invariable desde entonces y varios logros han jalonado su caminar. En este proceso que endureció sus posiciones en los años sesenta y setenta, la familia ha sido una de las principales instituciones en ser escrutadas casi microscópicamente por las importantes connotaciones de todo tipo que posee.

Aunque existen miles de artículos y aportaciones sobre el hecho en sí, una de las principales autoras a reseñar por la influencia que alcanzaron sus obras, por su activismo y por ser la primera presidenta del NOW es Betty Friedan, la cual desde posiciones liberales en su primer libro 'The Feminine mystique' [1] de 1974 no entendía que muchas mujeres con brillantes carreras tuvieran que abandonar el mundo profesional para dedicarse al mundo doméstico de hacer comidas y cambiar pañales. Es por ello que denominó a los hogares como jaulas de oro, y a las tendencias de las mujeres por abandonarlo todo como 'La mística de la feminidad', porque al fin y al cabo la mujer emprendía un largo camino de soledad y frustración en tanto que amas de

casa a tiempo completo con trabajos sin futuro en lo que denominó el “problema que no tiene nombre”, una acción que además perjudicaba al resto de la familia, porque tal como se demostraba en las familias de las mujeres con un trabajo a tiempo parcial, los maridos y los hijos eran más autosuficientes en aspectos como la preparación de la comida y el lavado de la ropa. El problema que enfocaba desde esta perspectiva no iba totalmente en contra de la familia y de los hijos, lo cual no debía ser nunca un obstáculo, sino en darle una importancia central, mística, en la vida de las mujeres, tal como ocurría entonces, por lo que con un poco de ayuda la mujer —al igual que el hombre— no necesitaría renunciar al matrimonio ni a la maternidad, pudiéndose enfocar hacia el desarrollo personal y al trabajo creativo fuera del hogar.

En una segunda oportunidad por medio de un libro titulado ‘The second stage’ [2] en 1981, cambió gran parte de sus afirmaciones anteriores al reconocer las dificultades que entrañaban combinar el matrimonio, la maternidad y la carrera profesional. Después de observar las dificultades de la generación de su hija, no tuvo más remedio que reconocer que la *supermujer* de los ochenta no estaba menos oprimida que la ama de casa de los sesenta, por lo que la elección que se le abría entonces lo que se podría denominar como los dos estándares de la perfección: o competir en el lugar de trabajo con el hombre que tiene esposa que se ocupa de todas sus necesidades en el hogar, o bien desarrollarse como mujer tradicional que valora ser ama de casa y madre. En su opinión debía abandonarse también lo que se podría considerar como el *síndrome de la supermujer*, que consistía en renunciar al amor o al trabajo. La solución radicaría en la transición del primer *stage* feminista al segundo, en donde la mujer debería trabajar con el hombre para abandonar el exceso de la mística feminista que “denegó la esencia de la persona de la mujer que se completa a través de amor, crianza y hogar”, así como los excesos de la mística femenina que se desarrollan por medio de la relación con los hombres a través de ser esposas, madres y amas de casa, lo cual le debería permitir perfeccionar los valores sociales, los estilos de liderazgo y las estructuras institucionales que permitirán a ambos géneros lograr sus aspiraciones en las esferas públicas y privadas: “Decir no a la mística femenina y organizar la confrontación a la discriminación sexual fue solo el primer stage. Necesitamos trascender las polaridades del primer stage y alcanzar el segundo reestructurando nuestras instituciones sobre la base de una igualdad real entre hombres y mujeres, de manera que podamos vivir un nuevo sí a la vida y al amor, y podamos escoger tener hijos” [3]. Después de todo, como reconoce la autora, la familia

ha constituido una fuente de poder para la mujer desde el siglo pasado hasta el presente controlando la fuerza que proporcionan la sexualidad y la maternidad. La gran transición entre sus dos aportaciones es que mientras que en la primera se urge a la mujer a comportarse como el hombre en la segunda se pide a la mujer a seguir siendo mujer. El principal reto se producirá en la familia: “La nueva frontera donde las cuestiones del segundo stage se concentrarán, creo que es en la familia.” [4]

### **La familia como sistema económico y patriarcal**

Desde el propio funcionalismo, la escritora Johnson [5] ha criticado la ausencia de esta escuela para dar una explicación adecuada de las desventajas que sufre la mujer en la sociedad a pesar de la vigencia de la tipología parsoniana en aspectos como el rol en tanto que unidad básica del sistema social, las orientaciones instrumentales del rol frente a la expresivas, la familia como una institución en relación a otras instituciones, los prerrequisitos funcionales del sistema social (adaptación, logro de metas, integración y latencia), los niveles analíticos de la acción social y las fases del cambio societal.

Sin embargo, el aspecto que se le pasó por alto a Talcott Parsons fue el hecho de que buena parte del origen de la desigualdad de género se deba a la estructura de la familia patriarcal que existe en casi todas las sociedades conocidas. La familia cumple funciones diferentes de las de la economía y otras instituciones públicas porque socializa a los niños y renueva emocionalmente a sus miembros adultos en unas actividades esenciales que hace que las mujeres sean las principales ejecutoras de la comprensión emocional y de la responsabilidad relacional. Sin embargo, en la familia patriarcal, las constricciones culturales e institucionales hacen que las mujeres sean débiles y expresivamente sumisas en relación con su marido, que con su competitividad instrumental en la economía obtiene para su familia un nivel de seguridad económica. Los hijos que la ven representar el papel de esposa débil aprenden a reverenciar el patriarcado y a devaluar la expresividad como una postura relacional frente a la que la instrumentalidad parece más poderosa y valiosa. Esta valoración de la instrumentalidad masculina como más efectiva que la expresividad femenina está extendida en toda la cultura. [6]

El nuevo feminismo ha atacado principalmente la sociedad patriarcal y la cultura creadora por ella según Roig [7], porque en sus soportes ideológicos y en la familia y el matrimonio, sus instituciones básicas, se encuentran los principales componentes que oprimen a la mujer moderna. En la familia la mujer tiene una doble función: la de reproductora y educadora de la prole. La ideología dominante ha exaltado esta doble función, anteponiéndola a otras opciones. Por el contrario, las funciones de padre y marido no son excluyentes, pues el hombre es considerado un ser social con otras muchas más actividades y que pueden influir fuera de la familia. Desde la publicidad a la educación, todos los canales ideológicos preparan a la mujer desde niña para que cumpla y se adapte a sus funciones de esposa y madre.

También Thorne [8] ha atacado la imagen de la familia monolítica, natural y biológica de un padre sustentador y una mujer y madre a tiempo completo como la única y legítima forma familiar, ya que esta imagen de familia oscurece el hecho real de una variedad de hogares dependiendo de estructuras de género, generación, raza, y clase. Desde el ángulo marxista, autoras como Barrett y McIntosh [9] contemplan la familia como una unidad antisocial no solo porque explota a la mujer y beneficia al capitalismo, sino también porque la ideología familiar destruye la vida que se organiza fuera de su influencia, además la imagen de un nido de amor y felicidad se contradice con la violencia y crimen sexual que ocurre en su interior. Un argumento parecido es el que sostiene Nicholson [10] en su análisis de la familia americana, en el que asegura que existe una poderosa ideología que apoya la imagen positiva de la familia tradicional en detrimento de las familias alternativas, cuando éstas últimas pueden ser muy positivas, sería el caso de mujeres negras con pocos recursos, ya que desarrollan redes de fuertes apoyos con otras amigas y parientes que actúan como un tipo de sistema de seguridad social.

Esta tradición contempla en definitiva a la familia como una institución básica para la opresión de la mujer, ya que confiere al hombre un papel central en la toma de decisiones. Escritoras como Delphy y Leonard [11] en su libro titulado “Explotación familiar” sostienen que la familia es un sistema económico, en el que los hombres se benefician del trabajo de las mujeres, y en muchos países también de los niños. No se trata sólo del trabajo remunerado realizado en el mercado de trabajo (que las mujeres efectúan cada día más frecuentemente), sino también del desempeñado en el hogar, en

donde los demás miembros trabajan para el cabeza de familia: “es el trabajo que las mujeres hacemos, y el uso que se hace de nuestros cuerpos, lo que constituye la causa de nuestra opresión”. Para Chorodow [12], la división tradicional del trabajo entre los sexos es una consecuencia de que las mujeres sean las principales personas encargadas del cuidado de los niños, ya que las niñas se identifican más con la madre, adoptando de ésta su capacidad femenina de amor, cariño y nutrición, mientras que los niños evitan el rol femenino y se concentran en el mundo impersonal del trabajo y de la vida fuera del hogar. Dado que los rasgos de compasión y cuidados son elementos importantes de la sociedad y que merece la pena no perder, la única solución es intentar que tanto hombres como mujeres sean más andróginos, es decir, capaces de combinar las diferentes características asociadas con los dos géneros.

En su análisis de la situación moderna de la mujer, Balby [13] contempla seis estructuras patriarcales que restringen la acción de la mujer y la supeditan al hombre: el mercado de trabajo, las relaciones dentro de la familia, la cultura patriarcal, la sexualidad, la violencia del hombre hacia la mujer, el estado. Los efectos de estas estructuras actúan de manera individual o reforzándose entre ellas, y además existe una diferencia entre las divisiones que se producen entre etnicidad y clase, por eso resultan tan difícil establecer en su totalidad la actualidad del patriarcado. De todas las estructuras señaladas anteriormente, el mercado de trabajo constituye la llave fundamental para crear desigualdades, bien en el siglo diecinueve por la acción de los sindicatos y del estado, bien en el siglo veinte, por acción de la empresa privada, ya que aunque el estado ha establecido leyes antidiscriminación, luego éstas no se cumplen o es difícil llevarlas a la práctica, predominando un tipo de trabajo a tiempo parcial o mal pagado. Pero desde luego cuando existen unas condiciones no restrictivas como las oportunidades que se brindaron en el mercado de trabajo a la mujer en la Segunda Guerra Mundial, éstas las aprovechan. De cualquier manera, asistimos a un cambio fundamental del patriarcado en las dos últimas décadas a través de una gran transformación. Se ha producido la transición de un patriarcado privado, o patriarcado individual en donde el hombre, cabeza de familia, controla a la mujer a través de las restricciones que existen en su acceso a esferas tales como el empleo y la política, hacia un patriarcado público en el cual a pesar de que la mujer tiene acceso a las esferas privadas y públicas todavía se encuentran subordinadas dentro de ellas.

En un análisis posterior realizado por la misma autora en la década de los noventa admite que, no obstante, se está produciendo una diferencia generacional caracterizada porque la generación de mujeres más adultas pertenece al sistema de patriarcado privado, dado que fue la forma dominante cuando ellas eran jóvenes y establecieron los acuerdos familiares que suponían baja cualificación y poca competitividad en el mercado frente a la generación más joven, que se ha aprovechado del importante auge de la igualdad de la educación [14]. Esta teoría ha sido criticada por autoras como Mollet [15] al sostener que el patriarcado no es un sistema o una estructura en el mismo sentido que el capitalismo, ya que no existe un motor intrínseco o dinámico dentro del patriarcado que pueda explicar su autoperpetuación. Al contrario, las relaciones de género se pueden cambiar sin que por ello caiga todo un sistema. Se podría explicar aplicando el concepto de agencia, es decir el hecho de que los actores individuales reproducen las relaciones sociales sin ser conscientes de ellas, y en este sentido capitalismo y patriarcado no son dos sistemas separados, sino que son dos caras de la misma moneda.

Por último, habría que reseñar las aportaciones de Chalet [16] a la teoría feminista basándose en la familia como centro de análisis, en lo que ha denominado como estratificación de sexo. Ésta vendría motivada por una serie de variables entre las que cabría mencionar a la ideología patriarcal, a la familia y la organización del trabajo, a las condiciones contextuales de las pautas de fecundidad, a la separación del hogar y el lugar del trabajo, al excedente económico, a la sofisticación tecnológica, a la densidad de la población y a la dureza del entorno. La interacción de estas variables sería decisiva para determinar el grado de estratificación de sexo en la medida en que moldean las estructuras claves del hogar, la producción económica y el grado en que las mujeres se mueven entre las dos esferas, las cuales experimentan menos desventajas cuando pueden equilibrar las responsabilidades del hogar con un papel independiente en la producción del mercado. En este sentido, la familia emerge como un área en la que se realiza una actividad básica: el cuidado de los hijos, el trabajo doméstico y en ocasiones como en la familia campesina el trabajo productivo.

## **El enfoque marxista: la influencia de Engels**

El marxismo es otra corriente teórica muy influyente en los temas referentes a la mujer. Según Bottomore, en el conjunto de pensamiento marxista la familia ocupa un incómodo lugar, ya que si bien en el ‘Manifiesto comunista’ se propugna la abolición de la familia, esos llamamientos han tenido tendencia a convertirse en el proyecto, mucho más débil de abolir la familia burguesa a favor de la familia proletaria socialista. Un tipo de familia que ha tendido a descansar en una sucesiva monogamia heterosexual que se da por supuesta y que resulta muy deficiente comparada con las críticas que se hacen a la familia desde una perspectiva de pensamiento más radical. El pensamiento marxista sobre la familia ha tendido por tanto, a ser menos inexorablemente crítico de lo que son las posiciones de los socialistas utópicos, libertarios, anarquistas y feministas.

Se podría decir que el análisis marxista de la familia está todavía dominado por la obra de Engels, ‘El origen de la familia, propiedad privada y estado’ [17] de 1884. Ahí proporciona las bases para un posterior análisis marxista de la familia, al sostener que la familia burguesa descansaba sobre la base material de la desigualdad entre marido y mujer, y que esta última generaba los herederos legítimos para la transmisión de la propiedad a cambio simplemente de comida y casa, una relación que adquiriría la forma de prostitución, contraponiendo el matrimonio mercenario burgués al verdadero amor sexual que florecía en un proletariado donde el marido y la mujer alcanzaban una igualdad en la explotación por medio del trabajo asalariado: “El derrocamiento del derecho materno fue la gran derrota histórica del sexo femenino en todo el mundo. El hombre empuñó también las riendas en la casa, la mujer se vio degradada, convertida en la servidora, en la esclava de la lujuria del hombre, en un simple instrumento de reproducción. Esta baja condición de la mujer, que se manifiesta sobre todo entre los griegos de los tiempos heroicos, y más aún en los de los tiempos clásicos, ha sido gradualmente retocada, disimulada y, en ciertos sitios, hasta revestida de formas más suaves, pero no, ni mucho menos abolida” [18].

No obstante, a pesar de que Engels fue crítico con la familia, no propugnó su eliminación. En realidad condenó la manera en la cual las condiciones sociales privaron a la clase trabajadora de cualquier vida familiar. La función principal de la familia, como fuente de herederos legítimos, desaparecería con la abolición de la propiedad



privada y sostuvo que para la “socialización” (controlada por la sociedad) de muchas de las funciones de la familia de la sociedad comunista, por ejemplo, los esquemas de socialización de los hijos habilitan a las madres para ser económicamente independientes. Engels aprobaba la monogamia como una demostración de afecto entre la pareja y no por sus motivos económicos. Esto sería posible si la mujer fuera económicamente independiente del hombre y el divorcio estuviera permitido.

El análisis marxista de la familia en el siglo XX encuentra su culminación en el reconocimiento por la Escuela de Francfort de que la familia es una institución y una ideología social. Aunque parezca tener un carácter privado, como sostiene Horkheimer, el nacimiento de la civilización moderna emancipó a la familia burguesa más que al individuo per se y con ello llevó en su interior, desde el primer momento, una profunda contradicción: “La familia siguió siendo esencialmente una institución feudal basada en el principio de la sangre, es decir una institución totalmente irracional; en cambio, la sociedad industrial (aunque contiene muchos elementos irracionales en su misma esencia) proclama el reino de la racionalidad, el dominio exclusivo del principio del cálculo y del intercambio libre sin más condiciones que las exigencias de la oferta y la demanda. El hombre liberado de la servidumbre en casa de los demás, se convirtió en dueño y señor de la propia. Cuando se completó la separación entre el Estado y la sociedad, entre la vida política y la privada, siguió subsistiendo en el hogar la dependencia personal directa” [19].

Más recientemente este enfoque ha sido retomado y desarrollado por escritoras feministas que han relacionado la idea de que la familia funciona para mantener el sistema capitalista, con la idea de que la familia es el principal obstáculo para la emancipación de la mujer. Concretamente, la idea central que ha relacionado y enfrentado estos dos enfoques ha sido el valor del trabajo doméstico. Según Harris [20], una de las pocas coincidencias que parecen haber surgido del debate es que el trabajo doméstico no produce fuerza de trabajo sino que produce valor de uso, que es consumido en el seno del grupo doméstico, transformando las mercancías compradas con salarios percibidos por los miembros del hogar y proporcionando servicios a los restantes miembros del grupo. En consecuencia, la familia se sitúa entre dos mercados: el mercado de trabajo al que acude con su oferta, y el mercado de bienes de consumo (bienes de subsistencia) que consume. De aquí que el trabajo doméstico medie entre

estos dos mercados y los ponga en relación; aunque, mientras que los miembros del hogar venden fuerza de trabajo al capital, participan en el trabajo social y consumen bienes de subsistencia producidos por el trabajo social y consumen bienes de subsistencia producidos por el trabajo social. En este sentido, Seccombe intenta determinar el valor de la contribución del trabajo doméstico a la fuerza del trabajo por medio de la analogía con los trabajadores de servicios personales. Las dos tesis que maneja para sostener esta comparación son por una parte que el trabajo doméstico no es trabajo productivo porque a diferencia del trabajo asalariado no crea valor; además en una segunda aportación refleja que el valor del trabajo doméstico es independiente de la duración del tiempo trabajado dado que el tiempo medio de trabajo doméstico será el tiempo de trabajo necesario para convertir el salario medio en el hogar proletario medio al precio medio de los bienes de subsistencia.

Otro espacio de encuentro entre ambas teorías procede de Beechey [21], al conectar la categoría de mujeres casadas con la categoría del modo de producción capitalista. Según esta autora, el empleo de mujeres es ventajoso para el capital por dos razones principales: en primer lugar, hace descender el valor del trabajo en general y por ende aumenta la tasa de plusvalía debido a que el capitalista tiene ya pagada la subsistencia de las mujeres casadas a través de los salarios de sus maridos. Si las mujeres trabajan se realizaría más trabajo en cada hogar, pero los costes de subsistencia permanecerían inalterados, por lo que la diferencia entre el valor creado en el proceso de trabajo por los miembros del hogar y el coste de su subsistencia (reproducción) sería mayor. En segundo lugar, y de manera alternativa, si suponemos que la subsistencia de la esposa ya está pagada mediante el salario del marido, sólo es menester pagarle a la mujer un salario que cubra los costes suplementarios ocasionados por el hecho de salir de su casa para trabajar, de aquí que el capitalista que emplea a una mujer casada pueda pagarle menos que el valor de su fuerza de trabajo y en consecuencia le resulte fácil prescindir de ella cuando ya no hace falta. En conclusión, retener en su casa a las mujeres casadas hace posible la compraventa del trabajo masculino por debajo de su valor, lo que es ventajoso para el capital, pero no es coherente con la explotación de las mujeres en tanto que fuente de trabajo asalariado barato y fácilmente prescindible.

En este contexto, si existe algo que ha molestado especialmente al marxismo feminista ha sido la trivialización del trabajo de la mujer. De acuerdo a Benston [22], con

frecuencia se ha identificado al hombre como productor, mientras que a la mujer como consumidora. Ello es así porque desde siempre el trabajo del hogar ha sido responsabilidad de la mujer, incluso cuando se incorpora al mercado de trabajo fuera del hogar debe hacerse cargo tanto del trabajo externo como del trabajo interno, incluso en el caso de la mujer casada con hijos que tiene un empleo remunerado debe ocuparse también del trabajo doméstico, por lo que introducir a la mujer en el mercado de trabajo sin antes haber socializado las tareas de cocinar, limpiar y cuidar a los niños, es incluso empeorar la situación de la mujer. El trabajo doméstico (trabajo no doméstico realizado en el interior de las familias) de las mujeres contribuye al valor añadido que sus maridos aportan a la economía, ya que el apoyo de las mujeres es esencial para el bienestar de éstos. Por lo tanto, la llave para la liberación de la mujer no es tanto como sostenía Engels la entrada masiva de la mujer al mercado de trabajo, sino la socialización del trabajo doméstico y ello sería la condición para trasladarla de un mundo pequeño, privado e individual a otro grande, público y comunal. La mujer constituye una clase “responsable para la producción de simples valores de uso en aquellas actividades asociadas con el hogar y la familia”

De acuerdo a Hartman [23], antes del capitalismo el sistema patriarcal fue establecido por el control que el hombre tenía sobre el trabajo de mujeres e hijos en la familia. Al hacerlo así, el hombre aprendió las técnicas jerárquicas de organización y control. La llegada de la industrialización, aunque alteró de forma significativa las pautas de producción que dejaron definitivamente de ser familiares para conformar un sistema de fábricas, mantuvo sin embargo intactas las relaciones de dominación patriarcales que ya se habían fijado entre hombres y mujeres, por lo que la incorporación de la mujer al ámbito del trabajo se produjo bajo el signo de la subordinación económica a través de sueldos más bajos, con la consiguiente perpetuación de la lógica de dominación machista y la posterior reacción feminista: “El patriarcado es un grupo de relaciones que tienen una base en la cual existen relaciones jerárquicas entre hombres y solidaridad entre aquellos que les permiten dominar a las mujeres. La base material del patriarcado es el control del hombre de la fuerza laboral de la mujer. Este control es mantenido por excluir a la mujer de los accesos a los recursos productivos económicos necesarios y por restringir la sexualidad de la mujer. Los hombres ejercitan su control al recibir servicios personales de las mujeres y no tener que hacer el trabajo del hogar o el cuidado de niños, por tener acceso al cuerpo de la mujer para el sexo. Los elementos cruciales del

patriarcado según nuestra experiencia son: matrimonio heterosexual (y consecuentemente homofobia), hogar y cuidado de niños femenino, dependencia económica de la mujer respecto del hombre (reforzada por acuerdos en el mercado de trabajo), el estado y numerosas instituciones basadas sobre relaciones sociales entre hombres como clubes, deportes, sindicatos, profesiones, universidades, iglesia, corporaciones y ejército. Todos estos elementos necesitan ser examinados si queremos comprender el capitalismo patriarcal” [24]. Pero, concluirá Hartman que si además del patriarcado existe capitalismo, la cuestión se complica para la mujer, ya que “la división doméstica del trabajo actúa para debilitar la posición de la mujer en el mercado de trabajo. Por consiguiente la división de la jerarquía doméstica es perpetuada en el mercado de trabajo, y viceversa. Este proceso es el resultado de la continua interacción entre dos sistemas interconectados, capitalismo y patriarcado” [25].

Como Engels, los marxistas feministas ven la familia como el mayor obstáculo para la emancipación femenina y como una institución que ayuda a mantener y servir al sistema capitalista. Sus principales argumentos, según Taylor [26] serían los siguientes:

1. La familia patriarcal. A diferencia de los funcionalistas que contemplan los roles femeninos y masculinos, dentro de la familia, diferentes pero equívocos, marxistas feministas creen que el hombre domina las relaciones de familia. La noción de “simetría de los roles conyugales” (equilibrio e igualdad de roles en el matrimonio) parece un mito.
2. Las labores domésticas solventan las necesidades de la economía capitalista. Marxistas-feministas, como Benston [27] ha analizado las tareas domésticas (el trabajo no remunerado dentro del hogar) en términos económicos, argumentando que parte de la plusvalía (beneficio) generado por las trabajadoras resulta de la labor de las amas de casa cuyo trabajo añade poder al mercado de trabajo. Esto alude a cocinar, lavar sus ropas e incluso acostarse con su marido. De esta manera el ama de casa le convierte en un trabajador más productivo. Y por producir, criar a los hijos, que serán los trabajadores del futuro, sin ningún coste para los empresarios, las amas de casa desarrollan un papel vital en el mantenimiento la potencia laboral.

3. La familia tiene un rol ideológico. Las teorías marxistas feministas rechazan la visión funcionalista de que la socialización en la familia es beneficiosa para la sociedad. Morton [28], por ejemplo, argumenta que el capitalismo moderno se basa cada vez menos en la obligación directa de controlar a los trabajadores y cada vez mas aceptan las relaciones jerárquicas de las sociedades capitalistas. Por eso la familia actúa como el primer dispositivo que condiciona, enseñan a los hijos a aceptar una sociedad autoritaria y explotadora. Por ejemplo, al aprender la autoridad de los padres, especialmente la del padre, ejercen sobre ello, los hijos aprenden a aceptar la autoridad en la escuela, en la empresa y del estado capitalista.
  
4. La familia es un obstáculo para la igualdad de género en el empleo. Muchos sociólogos han destacado las desventajas que la mujer sufre en el trabajo por sus responsabilidades domesticas y para con los hijos. Mientras que los marxistas feministas la desigualdad está construida dentro del sistema capitalista. Las mujeres no solo desempeñan un valioso rol no remunerado, como la labor domestica, sino que también, según Bruegel [29], proporcionan “un ejercito de reserva para el mercado de trabajo”. Las mujeres trabajadoras son una fuente de mano de obra barata que pueden ser incorporadas al mercado de trabajo remunerado cuando sea necesario, por ejemplo para realizar trabajos a tiempo parcial y en trabajos temporales, pero vuelven a la familia cuando ya no son necesarias. Mitchell [30] reitera las ideas de Engels cuando argumenta que las mujeres necesitan sentirse liberadas de sus responsabilidades domesticas delegando esas funciones a las agencias. Esto liberaría a los hombres y a las mujeres para poder vivir en cualquier relación familiar que ellos eligieran. Y eliminaría un obstáculo como es la desigualdad de género en el mercado de trabajo.

## **El feminismo radical. El sexo y las relaciones de poder**

De acuerdo con autoras como R. Putnam [31], a mediados de los años sesenta los movimientos feministas llegaron a ser más activos al convertir los llamados “grupos de derechos de la mujer” en “grupos de liberación de la mujer”. Esto se explicaría porque a partir de esa época muchos colectivos llegaron a pensar que lejos de lograr la igualdad del género a través de las reformas del sistema, eliminando la discriminación en las políticas de educación, económicas y legales (feminismo liberal), era necesario una acción revolucionaria a través de la participación en movimientos pro derechos humanos, ecologistas, de nueva izquierda y de no violencia. Con respecto a la familia, la principal distancia entre ambas escuelas se produciría porque si desde el feminismo clásico de corte liberal se propugna la reforma de la familia por medio de que el hombre sea más activo, desde el feminismo radical se apuesta por su desaparición total, dado que se identifican como fuente de todos los males que aquejan a la mujer. El radical feminismo ha criticado a la familia por muchas razones al igual que las marxistas-feministas. Enfatizan que la familia sigue la misma línea de una institución patriarcal, caracterizada porque permite la dominación, la explotación y la opresión de las mujeres por los hombres. La familia, es ante todo, algo más que una institución que beneficia a los grupos pequeños y a la clase capitalista, toda vez que beneficia a los hombres en general.

La principal base del radical feminismo consistiría en identificar que el sistema sexo/género es la primera causa de la opresión de la mujer, lo que en términos de A. Jaggar y P. Rothenberg [32] debe ser interpretado como: a) la mujer ha sido históricamente el primer grupo oprimido, b) la opresión de la mujer es la más extendida en cualquier sociedad conocida, c) la opresión de la mujer es la más profunda y la más dura por lo que su erradicación no puede ser llevada a cabo por cualquier cambio social tal como el de la abolición de las clases sociales, d) la opresión a la mujer causa el mayor sufrimiento a sus víctimas, tanto cualitativo como cuantitativamente, aunque a menudo no puede ser reconocido por el prejuicio sexista de opresores y víctimas, e) la opresión de la mujer proporciona un modelo conceptual para comprender otras formas de opresión. De acuerdo a Measor y Sikes, gran parte del contenido radical feminista se podría incluir en dos factores: la importancia central del patriarcado y la transformación de lo personal en político. A través del patriarcado el hombre ha

conseguido la subordinación social, económica y política de la mujer, constituyendo la forma de desigualdad más profunda, más injusta y más difícil de erradicar, argumento que las enfrenta al socialismo porque se considera que el patriarcado está por encima de las demás desigualdades incluida la de las clases sociales y contra el feminismo liberal por creer que aquellos que tienen el poder lo dejarán voluntariamente.

El patriarcado ha sido analizado desde el radical feminismo principalmente por dos autoras: Millet y Firestones. Según Mollet [33], las raíces de la opresión de la mujer se encuentran profundamente insertadas en el sistema patriarcal de sexo/género. El sexo es político porque las relaciones hombre – mujer constituye el paradigma de todas las relaciones de poder y como el patriarcado se fundamenta en el control por el hombre de lo público y lo privado debería ser eliminado para liberar a la mujer. Una forma de dominación que ha exagerado siempre las diferencias biológicas entre el hombre y la mujer convirtiendo en ciertas las máximas de que posee las cualidades y desarrolla los roles de autoridad y mando, dejando para la mujer las de subordinada. Esta ideología es tan poderosa que se ha extendido a todas las instituciones académicas, la iglesia, la familia, justificando y reforzando la subordinación de la mujer al hombre e internalizando un sentido de inferioridad respecto de aquél. Esta imposición es tan fuerte que a la mujer para sobrevivir sólo le queda la alternativa de actuar de manera femenina ya que si no puede ser objeto de una suerte de variedad de crueldades y barbaridades. Entre los líderes del patriarcado simbólico que asaltaron las ideas del feminismo habría que incluir a una serie de escritores de literatura pornográfica, así como a los psicólogos neo-freudianos y los sociólogos parsonianos. En estos últimos recalca su habilidad para argumentar que las diferencias entre masculino y femenino son biológicas/naturales más bien que culturales/artificiales y que sin un profundo diamorfismo la sociedad no podría funcionar tan bien como lo hace.

Como Millet, Firestone [34] sostiene que las bases materiales de la ideología sexual/política de la sumisión de la mujer y la dominación del hombre se encontraba enraizada en la reproducción de roles del hombre y la mujer. Sin embargo, rechazó de Millet la creencia de que la solución vendría de la eliminación de la potestad que ostentaba el hombre del doble estándar que le había permitido experimentar con el sexo y de la inauguración del sistema dual paternal que proporcionaría igual responsabilidad a padres y madres en el cuidado de los hijos. La visión de las especiales características

que rodean al patriarcado —sistemática subordinación de la mujer— se podría llevar hasta incluirlo como la verdadera espina dorsal del materialismo histórico “El materialismo histórico es la visión de que las últimas causas que mueven el curso de la historia se encuentra en la dialéctica del sexo: la división de la sociedad en dos clases biológicas distintivas para la procreación de la reproducción, y la lucha de estas clases entre si, en la cambios en los modos de matrimonios, reproducción y cuidado de niños creado por estas luchas; en el desarrollo conectado de otras clases físicamente diferenciadas (castas), y en la primera división de trabajo basado en el sexo que se desarrolló en el sistema de clases (económico-cultural)” [35]. Por lo tanto, en opinión de esta autora, la única solución vendría por la libertad sexual de la mujer de los imperativos biológicos de procreación y liberar las personalidades de hombres y mujeres de su construcción social. Ello conllevaría la reproducción artificial (ex útero) para reemplazar la natural (in útero) y las así llamadas familias intencionales, cuyos miembros se escogen entre sí por razones de amistad o incluso simplemente de conveniencia, que reemplazaría a la familia biológica tradicional constituida en y a través de conexiones genéticas entre sus miembros. El poder masculino, en sociedades como la nuestra, está en la raíz de la construcción social del género, por lo que la liberación de la mujer vendrá de aportar nuevos sentidos a la feminidad y no contentarse con rasgos que se han desviado de la masculinidad. Algunas de las graves denuncias contra la dominación masculina proceden del hostigamiento hacia la sexualidad femenina para su propio placer a través de la pornografía, el acoso sexual, la violación y la ginecología, además hay que destacar la denuncia de la dominación machista a través de la familia nuclear que condena a la mujer a ser dependiente del hombre, por lo que la liberación de la mujer dependerá de la abolición de la familia.

Una versión radical moderada procede de Oakley [36], según la cual la maternidad biológica es un mito basado en tres principios: que las mujeres necesitan ser madres, que todas las madres necesitan tener hijos, y en que todos los hijos necesitan a sus madres. En el primero de los casos son responsables los modelos a través de los cuales las niñas son socializadas ya que si los padres no dieran muñecas a sus hijas, si las escuelas, la Iglesia y los medios de comunicación no difundieran el mensaje de la maternidad biológica, si los psiquiatras, psicólogos, y médicos no insistieran en la disfuncionalidad de las niñas (masculinas) que no quieren ser madres, las mujeres no crecerían en un ambiente que necesita la maternidad para sentirse autorrealizadas. El



segundo está basado en la creencia de que si no se completa el instinto maternal llegará una creciente frustración, lo cual es irreal porque no existe como tal un instinto maternal, aspecto que se podía apoyar en la evidencia de un estudio de 150 madres primerizas. El tercero representa el rasgo más opresivo del mito de la maternidad biológica ya que contiene tres asunciones innecesarias: que los niños se encuentran mejor cuidados por sus madres biológicas, que los niños, sobre todo los jóvenes, necesitan del cariño de sus madres biológicas más que cualquier otra cosa, que los niños necesitan una cuidadora única, preferiblemente la madre biológica, más que muchas. La radiografía de esta autora descansaba además en las malas condiciones que representaba el trabajo doméstico, toda vez que incorporaba aislamiento, monotonía y repetición. La diferencia entre este tipo de trabajo y el que se desarrolla en una fábrica radica en que, mientras que en la última la tecnología proporciona un ritmo de producción conjunto, en el hogar la tecnología se asocia a tareas concretas pero no al trabajo como un todo.

Las críticas que se han formulado a las teorías las feministas se podrían clasificar así:

1. Estudian la naturaleza de la familia como un factor determinante para cubrir las necesidades del sistema económico y/o patriarcal. En este sentido, como los funcionalistas, ven la familia como el factor que predetermina las funciones. Estudian la estructura de la familia como algo necesario para la sociedad, y como los funcionalistas ignoran los diversos modelos de familia en la sociedad capitalista.
2. Se centran en los aspectos negativos de la familia e ignoran la satisfacción que ofrece a muchos individuos. Este factor positivo sí es tenido en cuenta por los funcionalistas y también por los sociólogos interpretativistas, que creen en la percepción positiva de la familia y que las mujeres pueden ser felices en sus roles tradicionales y debe ser aceptado como válido y no calificado como “falsa percepción”.
3. Mientras que la familia nuclear occidental tiene muchos inconvenientes, es difícil ver una alternativa funcional a esta institución. Por ejemplo, la tentativa de suprimir a la familia en la Unión Soviética fue abandonada como algo inviable. En la actualidad en muchos Kibutz de Israel los

padres pasan más tiempo con sus niños e incluso comen y duermen los fines de semana. Según Brigitte y Peter Berger [37], la familia nuclear representa el mejor ambiente en el cual los hijos pueden desarrollar su personalidad. Sugieren que los sistemas crianza colectivos (como en Kibbutz) crean a personalidades conformistas y a personas con poca creatividad que aquellos que crecen en la familia nuclear.

4. La escritora feminista afroamericana Carby [38] ha criticado a las feministas blancas por no considerar el racismo junto al patriarcado como otra forma de dominación. Para muchas mujeres de color la familia puede ser una institución opresiva, pero a menudo también actúa como fuente de ayuda y resistencia frente al racismo y la discriminación.
5. Los conservadores defensores de la familia han criticado a sociólogos radicales para atacar a la familia y minarla. Algunos políticos y periodistas de esta ideología conservadora opinan que la pérdida de valores tradicionales de la familia es la causa de los problemas sociales incluyendo el crimen, la desobediencia de los jóvenes y el bajo rendimiento escolar. Pocos científicos sociales aceptan esta versión, y algunos como Fletcher [39], creen que los sociólogos en estos últimos años han dedicado demasiado tiempo en juzgar a la familia y no en buscar cómo se puede consolidar y cómo puede realizar sus funciones.

A pesar de estas observaciones, las teorías marxistas y feministas han proporcionado un equilibrio a la visión algo acrítica de muchos funcionalistas. En particular han demostrado cómo las características de la familia, por ejemplo para los roles tradicionales de género, se pueden crear o perpetuar por una serie de circunstancias poderosas y no simplemente porque benefician a la familia y a sociedad en su totalidad. También han analizado el concepto de la familia como ideología, como un sistema de ideas que explican como deben ser las cosas. Desde esta perspectiva la familia no es una institución natural, sino que socialmente se construye en función un sistema de ideas. Así la visión de la familia nuclear como el modelo idóneo de familia es una imposición y no hay otra alternativa aceptable.

## Notas y referencias bibliográficas

- [1]: Friedan B. (1974). *The feminine mystique*. New York. Dell.
- [2]: Friedan B. (1991). *The second stage*. New York. A Laurel Books.
- [3]: Friedan B. (1981). Op. Cit. Pág. 29.
- [4]: Friedan B. (1981). Op. Cit. Pág. 70.
- [5]: Johnson M. (1989). Feminism and the theories of Talcott Parsons. In Wallace R. A. (Ed.). *Feminism and sociological theory*. Newbury Park. Sage. Pág. 101-118.
- [6]: Radl Philipp, R.M. (1994). “La nueva definición del rol femenino”. En Radl Philipp, R.M., García Negro, M<sup>a</sup>.C. (Coord.) *A muller e a súa imaxe*. Ed Universidad de Santiago de Compostela. Santiago de Compostela.
- [7]: Roig, M. (1985). *Mujeres en busca de un nuevo humanismo*. Temas Clave. Salvat. Barcelona
- [8]: Thorne B. (1982). Feminist rethinking of the family: an overview. In Thorne B. And Yalon M. (Ed.). *Rethinking the family*. New York. Longman. Págs. 1-22.
- [9]: Barrett M. and McIntosh M. (1982). *The anti-social family*. London. Verso.
- [10]: Nicholson L. (1997). The myth of the traditional family. In Lindemann H. (Ed.). *Feminism and families*. New York. Routledge.
- [11]: Delphi Ch. And Leonard D. (1992). *Familiar exploitation: a new analysis of marriage in contemporary western societies*. Cambridge. Polity Press.
- [12]: Chodorow N. (1978). *The reproduction of mothering*. Berkeley. University of California Press.
- [13]: Walby S. (1990). *Theorizing patriarchy*. Oxford. Blackwell.
- [14]: Walby S. (1997). *Gender transformations*. London. Routledge.
- [15]: Pollert A. (1996). Gender and class revisited; or the poverty of patriarchy. *Sociology*, vol. 30, nº 4.
- [16]: Chafet J. (1997). Feminist theory and sociology: underutilized contributions for mainstream theory. *Annual Review of Sociology*. Nº 32. Págs. 97-190
- [17]: Engels F. (1988). *El origen de la familia, de la propiedad privada y el estado*. Madrid. Endymon.
- [18]: Engels F. (1988). Op. Cit. Pág. 56.
- [19]: Horkheimer M. (1978). La familia y el autoritarismo. En Linton R. et alt. (Ed.). *La familia*. Barcelona. Península. Págs. 177-178.
- [20]: Harris C. (1986). *Familia y sociedad industrial*. Barcelona. Península.

- [21]: Beechey V. (1977). Some notes on female wage labour in capitalist production. *Capital and Class*. Nº 3. Pág. 47-69.
- [22]: Benston M. (1969). The political economy of women's liberation. *Monthly Review*, nº 21. Pág. 16.
- [23]: Hartmann H. (1982). Capitalism, patriarchy, and job segregation by sex. En Giddens and Held (Ed.). *Classes, power and conflict*. London. MacMillan. Pág. 447.
- [24]: Hartmann H. (1981). The unhappy marriage of marxism and feminism: towards a more progressive union. In Sargent L. (Ed.). *Women and revolution: a discussion of the unhappy marriage of marxism and feminism*. Boston. South End Press. Pág. 18-19.
- [25]: Hartmann H. (1979). Capitalism, patriarchy, and job segregation by sex. In Eisenstein Z. (Ed.). *Capitalist patriarchy and job segregation by sex*. New York. Monthly Review Press. Pág. 208.
- [26]: Taylor, P. et alt. (1997). *Sociology in focus*. Bristol. Causeway Press.
- [27]: Benson, M. (1980). "The political economy of women's liberation" in E. Mallos (ed) *The politics of housework*. Allison and Busby. London.
- [28]: Morton, P. (1980). "Women's work is never done" in E. Mallos (ed) *The politics of housework*. Allison and busby. London.
- [29]: Bruegel, I. (1979). "Women as reserve army of labour: a note on recent British experience" *Feminist Review* nº 3.
- [30]: Mitchel, J.J. (1971). *Woman's estate*. Penguin, Harmondsworth.
- [31]: Putnam R. (1998). *Feminist thought*. Westview Press. United States of America..
- [32]: Jaggar A. and Rotherberg P. (Ed.) (1984). *Feminist frameworks*. New York. McGraw- Hill.
- [33]: Millet, K. (1970). *Sexual politics*. Doubleday. New york.
- [34]: Firestone S. (1972). *The dialect of sex*. Paladin. London.
- [35]: Firestone S. (1972). Op. Cit. Pág. 12.
- [36]: Oakley A. (1974). *Woman's work: the housewife, past and present*. New York. Pantheon Books.
- [37]: Berger, B. and Berger, P.L. (1983). *The war over the family*. Hutchinson. London.
- [38]: Carby, H. (1982). "White woman listen! Black feminists and the boundaries of sisterhood" in Centre for contemporary cultural studies *The empire strikes back*. Hutchinson. London.
- [39]: Fletcher, R. (1988). *The abolitionists: the family and marriage under attack*. Routledge. London.

## **Resumen**

Este artículo contiene un esbozo de los enfoques teóricos más relevantes que se han ocupado de la función de la mujer dentro de la familia. Desde los inicios del siglo XX, en que mujeres de formación liberal crearon asociaciones para reclamar sus derechos, hasta llegar a paradigmas radicales que cuestionan todas las relaciones sociales para acabar con las desigualdades de género. Una evolución de la teoría social y política con el feminismo como eje central, afectando a cada uno de los aspectos vitales de la mujer: la maternidad, el trabajo y, por supuesto, la familia.

## **Palabras clave**

Mujer, feminismo, familia, patriarcado, género, poder.

## **Abstract**

*This article contains an outline of the most important theoretical approaches that have addressed the role of women within the family. Since the beginning of the twentieth century, in which women training Liberal created partnerships to claim their rights, to radical questioning paradigms all social relationships to eliminate gender inequalities. An evolution of the social and political theory with feminism as a hub, affecting every aspect of life women: motherhood, work and, of course, family.*

## **Key words**

*Women, feminism, family, patriarchy, gender, power.*